

Feminismo en Turquía en los siglos XIX y XX

Conferencia impartida por Amalia González Suárez – Gijón, 19 de Marzo de 2007



Presentación: Doña Dulce Gallego Canteli

Agradecemos que nuestra buena amiga y filósofa Amalia, como siempre que tiene alguna publicación o trabajo nuevo, venga a les comadres a presentarlo porque siempre digo que hay algo muy importante para quienes nos toca trabajar, bien desde las asociaciones o bien desde las instituciones: para poder hacer una práctica política, necesitamos nutrir ese trabajo de esa otra parte más reflexiva y de estudio.

Lo que nos va a presentar Amalia nos pone en la idea de algo que ella está trabajando en el grupo de investigación con Celia Amorós: buscar y rastrear vestigios de feminismo en otras culturas que no sean la cultura occidental; ver qué es lo que pasa con esos vestigios de Ilustración donde podríamos encontrar las ideas de los valores universales de igualdad, fraternidad y libertad, ver qué pensadores y pensadoras hubo y hay en esas culturas. Amalia centra esa búsqueda en el feminismo de los siglos XIX y XX en Turquía.

Esto nos recuerda que el feminismo no puede tener nada de etnocéntrico y que nosotras tenemos la obligación de solidaridad universal e internacional. Ese universalismo e internacionalismo del feminismo son dos elementos importantes que no debemos de perder de vista. Y nosotras tenemos la obligación de buscar y de compartir con ellas, y de ayudar a esa búsqueda que otras mujeres estén haciendo en esos lugares para que sea posible una transformación de las realidades que tienen en sus claves culturales positivas, por decirlo de alguna manera, sin estar sesgadas por la manera de pensar y de actuar que nosotras tenemos en nuestros países y, desde luego, trasladando o traspasando las fronteras de los aprendizajes que nosotras hemos tenido a lo largo de los últimos 30 años, en nuestro caso.

La verdad es que yo tenía mucha gana de ver qué habías hecho en aquello que te resultaba tan complicado y tan proceloso, y mucha gana de ver el trabajo global, cuando sea posible, de todas las que trabajáis en eso que dice de una manera tan rimbombante pero real nuestra buena amiga Ana de Miguel (que también va a estar con nosotras en otoño) y que es el trabajo de las líderes epistemológicas del movimiento.

Así que, líder epistemológica, tienes la palabra.

CONFERENCIA DE DOÑA AMALIA GONZALEZ SUAREZ

Bueno, como ya dijo ella al principio, es amiga y entonces la presentación siempre queda muy florida y un poco desmesurada...

Yo voy a exponer aquí el feminismo en Turquía en los siglos XIX y XX, y voy a dividir la exposición en tres bloques.

El primer bloque abarcaría fundamentalmente el siglo XIX y los primeros años del siglo XX, concretamente hasta 1923, que es cuando se funda la República Independiente de Turquía, que sería lo que queda del Imperio Otomano. En principio, a partir de los primeros años del siglo XIX existen unos vientos de modernización en el Imperio Otomano, pero esa modernización es paralela a la disolución del Imperio Otomano. Es decir, lo que se pensó para el Imperio al final se rescató para Turquía.

El segundo bloque sería el feminismo que hay cuando se constituye la República Independiente de Turquía. Esta República la constituye Ataturk, que fue el primer presidente de la república turca. Ataturk elaboró una constitución en la que dice que la república turca es laica (Francia y Turquía eran los únicos países formalmente laicos en esa época); proclama la igualdad de los varones y mujeres; otorga el derecho al voto y, en 1935, disuelve la Unión de las Mujeres Turcas porque considera que ya se les concedió el derecho al voto, que bastante tienen con eso y que ya pueden dedicarse a cosas como la caridad.

El tercer bloque sería el feminismo a partir de los años 80, cuando encontramos tres ramas del feminismo: un feminismo autónomo que, paradójicamente, surge a raíz del golpe militar de los años 80 (entre los años 60 y los 80 hubo un golpe militar en Turquía aproximadamente cada 10 años); el feminismo musulmán, que surge al abrigo de los partidos islámicos que se forman cuando se abre el pluripartidismo (Ataturk había gobernado con partido único); la herencia del feminismo de Ataturk, el "feminismo de estado" o "feminismo kemalista".

1. Del Imperio Otomano a Turquía.

Los territorios del Imperio Otomano eran la actual Turquía, Grecia, los Balcanes, Macedonia, parte del Norte de África, parte de Arabia, Irán, Irak y Armenia.

Hay un proceso paralelo entre la desaparición del imperio otomano y la recepción de las ideas de occidente. En principio se pensaba en modernizar el imperio, porque se comenzó a valorar una especie de complejo de inferioridad de Oriente frente a Occidente: se empiezan a preguntar por qué Oriente fue tan importante en ciencia y tecnología hasta el siglo XVI (más o menos hasta el Renacimiento) y a partir del Renacimiento todo está en Occidente. Se inició así un proceso de modernización que en principio era para el imperio pero acabó siendo para la nación. Uno de los ingredientes principales del debate de la modernización era la situación de las mujeres. Situación cuyos ingredientes eran la poligamia, el matrimonio pactado sin límite de edad, las normas de indumentaria especialmente para la ciudad (el código de vestimenta), la obligación de ser casados, el repudio de los varones y la pérdida de los hijos por parte de las mujeres con el repudio.

En este contexto podemos situar el feminismo prerrepblicano, el feminismo del siglo XIX y principios del XX.

El feminismo en Occidente fue uno de los ingredientes de la recepción de la modernidad por parte de Turquía. El imperio Otomano empieza a mantener contactos diplomáticos, no militares, con Occidente en el siglo XVIII principalmente a través de las embajadas de Londres, París y Viena (también hubo un embajador en España a principios del siglo XVIII, pero sólo duró 4 meses porque consideraba que aquí no se podía vivir ya que no entendíamos nada; además le obligaban a ir a unas cenas en las que había una música insufrible, también tenía que asistir a recepciones llenas de gente que duraban muchísimo, los regalos no tenían ningún valor –por ejemplo, no sabía qué hacer con unas garrafas de aceite que le regalaron en Valencia-, etc.). Todos estos embajadores comenzaron a dejar constancia en sus “informes de embajada” de las novedades que encuentran en Occidente, y uno de los elementos de contraste es la diferente situación de las mujeres.

Uno de los embajadores más activos en lo que se refiere a dar noticia de la situación de las mujeres en Occidente fue Mehmed Efendi, embajador en París a principios del siglo XVIII.

La historiadora Fatma Müge dice que Mehmed era un embajador de pluma frente a otros de espada, porque se fija en las costumbres y los usos sociales, mientras que otros se fijaban más en cuestiones militares (de hecho, una de las primeras reformas de modernización que se hizo en Turquía fue en el ejército, e incluyó cambiar el uniforme militar del soldado turco por el de estilo occidental).

Mehmed Efendi, que estaba muy contento en París (hay un dato que nos hace pensar que era un señor muy moderno: hay retratos suyos, y los embajadores no solían dejar que les retrataran), hacía vida social y describe la ciudad como el paraíso de los infieles y dice:

En Francia los varones estiman a las mujeres. Las mujeres pueden hacer todo lo que quieran e ir a donde quieran. Francia es el paraíso de las mujeres. No tienen necesidades ni problemas en absoluto. Cualesquiera que sean sus deseos ellos son cumplidos.

Fatma Müge señala que Mehmed Efendi idealiza la situación de las mujeres europeas, porque se da por supuesto que estaba hablando de las mujeres de la alta clase social francesa, pero lo cierto es que no parece ver mal la participación de las mujeres en las fiestas y recepciones.

El embajador en Viena influyó sobre el sultán Ahmed III (el sultán de Estambul) en introducir cambios en las cuestiones militares, pero Mehmed influye en cuestiones más civiles, así por ejemplo introduce fiestas al estilo francés. Los otomanos apenas celebraban fiestas (sólo cuando nacía príncipe, había una boda real, se partía para una conquista o se recibía a un embajador) y no concebían que una comida fuese ingrediente de las fiestas ya que la comida otomana era una cuestión muy austera y muy privada, por eso los embajadores no entendían muy bien que les invitasen a comer o “a verles comer”. Mehmed influyó en el sultán para que instaurara la llamada “fiesta de los tulipanes”, que

fue la primera fiesta no ligada a acontecimientos militares o familiares del sultán. De hecho, hay una premodernización en el siglo XVIII que se llama el “*periodo de los tulipanes*”: el emblema de esa época va a ser el tulipán y hubo una especie de fiebre por hacer clasificaciones de especies de tulipanes, por conseguir nuevas especies, etc.

Ahora bien, estos embajadores no sólo introducen fiestas al estilo francés en Turquía, sino también tecnología militar y civil, como el caso de la imprenta y el reloj. La imprenta pasó por varias fases de estar permitido o prohibido su uso, porque el sultán desconfiaba de que se pudiesen imprimir libros que circularan y permitiesen que cada uno leyera lo que quisiera; de hecho, siempre se mantuvo la prohibición de imprimir libros sobre cuestiones de religión. Por otra parte, el reloj implicó que el día otomano dejara de estar marcado por las oraciones, ya que había otra manera de medir el tiempo. Además, se incrementó el comercio, especialmente con los franceses, y se establecieron muchos consulados franceses a lo largo del imperio.

Otro testimonio importante de estas embajadas aunque a la inversa, es decir de influencia de Oriente a Occidente, es el que nos dejó Lady Mary Wortley Montagu, la esposa del embajador de Londres en Estambul entre 1717 y 1718. Lady Montagu deja constancia de sus impresiones de la vida en Turquía en la obra *Cartas desde Estambul*, donde en repetidas ocasiones rechaza los tópicos de la vida turca que han dado los escritores precedentes, principalmente los viajeros. Ella se sitúa en una perspectiva que se podría calificar de cosmopolita cuando manifiesta:

Los modales del género humano no difieren tanto como nuestros escritores de viajes pretenden hacernos creer.

Estos escritores transmitieron, según Montagu, una imagen de pasividad de las mujeres turcas producto de sus prejuicios y de su ignorancia, pues hablaron de las situaciones como si las hubiesen vivido cuando sólo las habían imaginado. Montagu dice que la imagen que dan estos viajeros es la de un país tan atrasado que hasta difunden en Occidente la idea de que se puede comprar a cualquiera, tal como cree una amiga suya que le encarga la compra de una buena esclava griega. Montagu sabe que en Occidente están acostumbrados a leer solamente los libros de viajes que idealizan Oriente (los harenes, los baños, etc.), así que responde de una manera recriminatoria a su amiga diciéndole que “las griegas son súbditas y no esclavas”, para a continuación hacer un retrato de las esclavas y una crítica a la fuente de los errores de su amiga que le lleva a hacerle tan pintoresco encargo.

Compruebo –dice- que ha sacado sus ideas de ese otro llamado Dumont que ha escrito con tanta falta de conocimiento como exceso de confianza... Nunca dejan [los escritores] de dar al lector un informe sobre las mujeres a las cuales es muy probable que nunca hayan visto, y que hablen sabiamente del genio de los hombres, en cuya compañía jamás se les permita estar, y, a menudo, describen mezquitas a las cuales no se les ha permitido ni asomarse siquiera.

La vida de las damas de la alta clase social de Estambul a las que ella visitó y con las que conversó (ella se precia de tener conocimiento de primera mano, frente a los escritores de viajes) no le parece en absoluto depresiva. Montagu dice:

Es fácil comprobar que gozan de una mayor libertad que nosotras.

Esta afirmación nos resulta extraña porque también dice:

Ninguna mujer, sea del linaje que sea tiene permiso para salir a la calle sin las muselinas... una [muselina] que cubre la cabeza dejando al descubierto los ojos y otra que tapa por completo la cabeza y el tocado y cuelga hasta la mitad de la espalda.

También le llama la atención la importancia del tulipán en Turquía que en esos años era el símbolo del avance social. Constata que hay un ministerio de jardines y que los jardineros reales cuando acompañan al Sultán en alguna salida van vestidos con vivos colores y formando una figura que de lejos se semeja a un macizo de tulipanes.

Respecto a la religión, tampoco encuentra diferencias, pues hay tantas ramas en el islam como en el cristianismo. Ella está convencida de la igualdad del género humano y dice:

No puedo dejar de reflexionar sobre la inclinación natural del hombre a crear misterios y novedades

Considera que no hay fundamentalismo dentro de las ramas del Islam, sino que incluso en muchas ocasiones hay un sentido práctico de la vida, no de principios. Un ejemplo de este pragmatismo es la religión de los arnauteses de Albania que, ante la imposibilidad de decidir entre cristianismo y mahometanismo, siguen las dos, de modo que visitan la mezquita los viernes y la iglesia los domingos. A Montagu, está le parece una buena manera de asegurar la salvación.

En los casos en los que no establece comparaciones, tenemos que dar por sentado que si lo hiciese saldría desfavorecida la situación turca frente a la europea. Así sucede cuando cuenta una boda de una niña de trece años con uno de 50, y cuando la niña ve a su marido se echa a llorar desconsoladamente.

Tampoco parece estar de acuerdo con la imposición social de que en el imperio otomano una mujer casada tenga hijos sin parar, y por eso decide irse de Turquía. Le dice a una amiga que si no se va de Turquía estaría obligada a tener un hijo cada año, al igual que la mujer del embajador francés, porque en Estambul las mujeres casadas sin hijos son peor consideradas las mujeres solteras con hijos en Londres:

Las damas de este país tienen en estima a las mujeres según la cantidad de sus producciones; tengo mucho trabajo para persuadirlas de que pasar tres meses sin estar en cinta es una excusa legítima dado que mi marido se encuentra a cien leguas de mí.

Ella describe de una manera un tanto frívola el nacimiento de su hija:

La ociosidad es la madre de todos los vicios -como usted sabe- y, no teniendo nada mejor que hacer, he hecho una hija.

El nacimiento de su hija pone fin a su estancia en Turquía, según ella, porque de lo contrario tendría que tener una hija por año, a lo que no está dispuesta.

No obstante, hace una valoración general de su perspectiva y las mujeres en Turquía y considera que:

Estas gentes no son tan poco refinadas como nosotras las describimos. Ciertamente es que su magnificencia tiene un gusto distinto al nuestro, quizás mejor. Tiendo a opinar que poseen una idea acertada de la vida; ellos la dedican a la música, los jardines, el vino y las comidas delicadas, mientras que nosotros nos devanamos los sesos con conspiraciones políticas o estudiando alguna ciencia que jamás conseguiremos alcanzar, si lo hacemos no podremos persuadir a otros que le otorgue el mismo valor que nosotros le damos [...] Morimos o nos hacemos viejos y decrepitos antes de que alcancemos a cosechar el fruto de nuestros afanes.

En definitiva, considera que las mujeres turcas no están tan oprimidas como los escritores occidentales quieren hacernos creer, y que tienen ese sentido práctico de la vida (cita como ejemplo al ministro de finanzas, amigo suyo con el que cenaba en ocasiones y que, a pesar de ser musulmán, bebía vino con las comidas ya que consideraba que todo lo que ha creado Dios es bueno aunque no es conveniente que lo beban los pobres porque pueden causar muchos desórdenes)

Pasaré ahora a hablar del siglo XIX y de la época del *Tanzimat* o “reorganización”. Es un periodo que abarca desde 1839 a 1879 y que supuso un nuevo impulso a la modernización.

En este periodo se consideraba la mejora de las condiciones de vida de las mujeres como un componente importante de la modernización. De hecho, había autores que decían que la diferencia fundamental entre Occidente y el imperio Otomano era la diferente concepción de la familia y de las mujeres. En esta época, en los periódicos se empieza a hablar de asuntos relativos a mujeres concernientes, por un lado, a asuntos domésticos y también a planteamientos críticos sobre la situación social de ellas. Así, en *Yerkki (Progreso)* aparece el escrito de una mujer que lamenta la holgazanería de las mujeres urbanas ricas y aboga por la educación para su transformación en seres humanos útiles en la línea de Mary Wollstonecraft. Las polémicas en torno a las mujeres se sitúan dentro del Islam, entre un Islam moderado que favorecía cambios de vida en la situación de las mujeres y un Islam fuertemente opresivo con las mujeres. Dentro de esta polémica fue muy importante Fatma Aliye Hanim, del Islam moderado, que escribe un ensayo en respuesta a un *ulema* que había argumentado que las leyes del profeta estaban de acuerdo con la poligamia. Fatma Aliye argumenta, remitiéndose a la vida del profeta, que la poligamia es una costumbre árabe y no islámica, se trata de un asunto de etnia y no de religión.

Entre las medidas modernizadoras de esta época tenemos que citar la Carta Imperial de Gülhane (1839), un documento preconstitucional donde se define que todos

los otomanos son iguales sin distinciones de religión. La religión pierde terreno en los campos de:

- Burocracia: con anterioridad solamente los musulmanes podían acceder a cargos relacionados con la burocracia del sultán.
- La economía: los tributos empiezan a pagarse por bienes y no por religión.
- La justicia: se crean tribunales al margen de los ulema, aunque no así las cuestiones relativas a la familia.
- La educación: se debate sobre la educación de las niñas y se constata que las musulmanas son más ignorantes que las cristianas. En 1858 se abre la primera escuela para niñas en Estambul y el gobierno manifiesta que:

Las mujeres deben ser educadas en el mismo sentido que los varones, con la pretensión de capacitarlas para ayudar a los varones en cuyos hombros recae la responsabilidad de ganar el sustento de la familia. De todos modos, la educación ayudará a las mujeres a un mejor entendimiento de las cuestiones religiosas y seculares y las animará a obedecer a sus maridos, para refrenarlos de ir contra sus deseos y ante todo para proteger su honor.

En definitiva, ésta es una declaración de la educación de las mujeres en la línea de Rousseau de formar a la nueva esposa. En 1870 se crea el primer centro de formación de maestras.

Además de la Carta Imperial citada, también se crean sociedades científicas imitando a las sociedades occidentales. Se crea también la Sociedad Oriental de Constantinopla cuya pretensión era difundir la cultura europea en Oriente, y en ella había musulmanes y no musulmanes, turcos y no turcos.

Asimismo, van apareciendo organizaciones más o menos secretas fuera de la vigilancia del sultán que permitían salirse de los controles establecidos. Estas asociaciones imitaban a la burguesía occidental sobre todo en cuestiones científicas, no así en las humanísticas. La imitaban en la “civilización”, los progresos científicos y tecnológicos, pero no en la cultura, que podríamos definir como los usos y costumbres, incluidas las normas relativas a la familia y la religión.

Las asociaciones van dando cobertura a la sociedad civil y a la burguesía. Según el análisis de Fatma Müge, en Turquía la burguesía se polarizó en burguesía burocrática y burguesía comercial. La primera, que fue la que triunfó, sólo estaba interesada en la asimilación de los avances científicos y tecnológicos, mientras que la segunda pretendía asimilar todo el “lote occidental”.

Fatma Müge ve estos elementos como indicadores de una emergente sociedad civil dentro del imperio otomano que afianza lo que será el partido de los jóvenes turcos de la burguesía otomana-turca (partido del que surgirá Kemal Atatürk, el fundador de la República)

El periodo *Tanzimat* se cierra en 1876 con la redacción de una nueva constitución, pero la llegada al poder de Abdülhamit II tres meses después hace que se suspenda la constitución durante 30 años (1876-1909). El nuevo sultán levantó la bandera del

panislamismo y se rodeó de una corte de intrigantes, asesinos y delatores; prohibió cualquier publicación de índole política en prensa, así como cualquier publicación sobre la locura (se supone que no quería que nadie hablase de él). Era apodado “la vieja araña”. Fue un personaje siniestro que, además, encerró durante 30 años en palacio a su hermano Mourad V (bisabuelo de Kenizé Mourad, la autora de *De parte de la princesa muerta* y *Un jardín en Badalpur*)

Los sucesivos movimientos de independencia, como fue el caso de los Balcanes, hacen que los musulmanes de estos territorios que se independizan vayan hacia Turquía, mientras que los residentes extranjeros emigran. El estado Otomano se va islamizando paulatinamente ya que el porcentaje de población musulmana aumenta hasta llegar a ser el 98% de la población en el momento en que se crea la república laica (en el siglo XVIII y principios del XIX, este porcentaje era del 50%). El imperio se va configurando en torno a turcos, árabes y kurdos. Al perder gran parte de las posesiones de Europa y África, Abdülhamit mira hacia Asia. Pierden influencia Francia e Inglaterra, frente Alemania a quien se considera un país de fiar por no haber dominado nunca a ningún país musulmán. Alemania proporciona al imperio Otomano ayuda económica y militar, y se construyen en esta época los ferrocarriles Berlín-Bagdad y Viena-Estambul.

Sin embargo, a pesar de lo paranoico, dictador y sanguinario que fue Abdülhamit, no frenó el proceso modernizador y amplió la red educativa a cuatro tipos de escuelas:

- Coránicas
- Tanzimat
- Cristianas y judías
- Protestantes y católicas

En estas escuelas se rechazaba la influencia cultural, no la tecnológica. Los estudiantes que iban al extranjero (el núcleo de la formación de los jóvenes turcos) sólo podían aprender técnicas agrícolas.

En la época de Abdülhamit llegaron a contabilizarse hasta 40 periódicos que estaban dirigidos a mujeres y que trataban gran variedad de temas: cuidado de las criaturas, de la casa, relaciones sociales, pero también análisis de la situación de las mujeres y puesta en cuestión de esta situación. En 1895 el *Periódico especial para mujeres* criticaba la subordinación de las mujeres a los varones. Fatma Aliye defendió la idea de que son los varones quienes impiden el acceso de las mujeres a la vida pública y defendía la idea de igual educación. El periódico *Mundo de mujeres* se definía como una publicación feminista y su editora, Ulviye Meylan, fue la fundadora de la “Sociedad Otomana para la protección de los derechos de las mujeres” y sostenía que el principal objetivo de esta sociedad era hacer a las mujeres conscientes de sus intereses y derechos.

La muerte de Abdülhamit II supone el triunfo de los llamados “jóvenes turcos” (1909-1918) y hace que se vuelva a activar la constitución y que se celebren elecciones resultando un parlamento multiétnico formado por árabes, albaneses, griegos, armenios, eslavos y judíos. El grupo de los llamados jóvenes turcos había surgido de la mano de los hijos de la élite turca que estaban estudiando en París y cuya formación era positivista; de hecho adoptan el lema del positivismo: “Progreso y Orden”.

En 1911 se celebran en Estambul las llamadas “Conferencias Blancas” donde una de las conferenciantes, Fatma Nesibe Hammin, dice algo que luego van a repetir todos los reformadores:

Nosotras vemos la causa de nuestros problemas en la estupidez de nuestras madres. Ellas fueron tristes, tiernas y pacíficas. No hicieron ruido... Las mujeres no son más que un instrumento de placer, una máquina de tener hijos.

En 1913, Halibe Edib Adivar (una de las feministas de esta época) y la Princesa Nimetullah (esposa de Mourad V) hablaban ante un gran número de mujeres en el hall de la Universidad de Estambul. El tema era la necesidad de la contribución de las mujeres a la guerra de los Balcanes. Unos días más tarde, Fatma Aliye en el mismo lugar instaba a las mujeres a dar sus joyas para la causa. Un periódico de la época decía que estos actos probaban que la moral de las mujeres era muy alta y que se estaba en el buen camino.

Voy a mostrar ahora algunas reseñas de estos reformadores turcos que buscan lo que podemos llamar la mujer “nueva”; todos tienen en común que manifiestan sus opiniones en periódicos o en novelas. Podemos aventurar como hipótesis que hay un recambio de mujeres en el discurso de estos emancipadores, pues se cambia el papel de la suegra como centro de la familia por el de la esposa. Esto es así porque si los matrimonios no han de ser pactados, se elimina la actividad de la suegra que era la buscadora de nueras, concediendo la iniciativa a la novia, futura esposa; y si la familia ha de ser nuclear e independiente ya no está el hogar bajo el dominio de la suegra. De hecho, en turco no se dice “novia” sino “nuera”, porque no se buscaba tanto una novia para el esposo sino una nuera para la madre del esposo, para que siga las cuestiones domésticas tal y como planificaba la suegra. Podemos decir que los patriotas turcos cambian a su madre por su esposa en lo que se refiere al centro de gravitación de las relaciones familiares y dirección del hogar.

Vamos a ver a cuatro de estos reformadores: Namik Kemal, Hüseyin Rahmi, Halide Edip Adivar y Ziya Gökalp.

Namik Kemal (1840-1888) visitó París y Londres, e imagino que tuvo que conocer la obra de Mary Wollstoncraft. Considera que la falta de educación de las mujeres las exime del derecho al esfuerzo y la perseverancia, con lo cual se posibilita un estado de holgazanería en la mitad de la humanidad y se le resta bienestar al conjunto de la sociedad. En su escrito “Apuntes sobre la educación de la mujer” nos dice:

[Las mujeres] son consideradas sólo como una fuente de placer, como instrumentos musicales o joyas. Exceptuando tener hijos parece que no contribuyen a la humanidad con nada. Las mujeres son seres humanos como nosotros y, aunque se considera que ellas comparten las ventajas humanas y no son creadas para servir a los hombres, ¿por qué deben ser privadas del derecho al esfuerzo y a la perseverancia? [...]

El perjuicio creado por esta situación no afecta sólo a los individuos [...] La actual holgazanería de las mujeres, que constituyen la mitad de la población, y su

dependencia económica desequilibran las leyes generales de cooperación y de bienestar de la humanidad [...]

Las mujeres, tanto mental como físicamente, no son inferiores a los hombres. En tiempos antiguos las mujeres participaban en todos los trabajos de los hombres, incluso en la guerra. En el campo continúan ayudando en la agricultura y el comercio. La razón de la holgazanería de las mujeres radica en que ellas son consideradas completamente ignorantes y no es responsabilidad suya si dañan o ayudan a la comunidad. Innumerables perjuicios surgen de esta posición inferior de las mujeres, especialmente en lo que se refiere a la crianza de los hijos.

Como os decía, aquí vemos perfilada una de las ideas clave de los reformadores del final del imperio otomano: la necesidad de cambio en la vida de las mujeres por razones utilitarias. Si Namik estuvo en Londres y en París, conoció la obra de Mary Wollstonecraft y supongo que también la obra de Qasim Amin (discípulo de Stuart-Mill y cuya obra estaba traducida al turco), no es extraño que diga que la actual situación de las mujeres las convierte en una especie de parásitos de la sociedad. Por otra parte está la idea de buscar la imagen de la mujer nueva en “tiempos antiguos”; idea muy significativa en el ideal de mujer que propone Attatürk en tiempos de la república: la campesina y artesana mujer de Anatolia (región del sudeste de Turquía, que limita con Irán e Irak). Dice Atatürk:

Son las mujeres anatólicas, esas mujeres sublimes, sacrificadas, divinas, las que no contentas con labrar, sembrar, acarrear la leña del bosque y vender los productos agrícolas en el mercado para sacar adelante su familia, han hecho llegar al frente las municiones de guerra, a costas en carros arrastrados por bueyes afrontando con un niño en los brazos la lluvia, el frío y el calor.

Otro reformador fue Hüseyin Rahmi (1864-1944), que en su artículo “La familia” exhorta a las madres a no obligar a sus hijos a matrimonios pactados. En el análisis y rechazo de matrimonios pactados hay un tema recurrente: el papel conservador de las madres de los esposos. Las *gestiones* para un matrimonio pactado eran asunto de mujeres, y en la sociedad nueva que se pretendía había que suplantar lo antiguo por lo nuevo: la madre por la esposa.

Hüseyin Rahmi aborda también en algunas de sus obras el tema de “qué copiamos de Occidente”. No hay que copiarlo todo porque si no se caería en el ridículo; hay que copiar fundamentalmente cuestiones ciencia y tecnología, de civilización, peor no de cultura porque para cultura ya tienen la suya. En su novela *El elegante* habla de lo ridículo que parecen los matrimonios de clase social alta que, pretendiendo ser afrancesados, salen a la calle a pasear juntos (las mujeres no salían a la calle) y además con perro y bastón e intentan aprender bailes y literatura francesas. También ridiculiza a las mujeres que beben y ríen estrepitosamente y hablan sin sentido en las tabernas, que nos presenta en *Las mujeres de la taberna*. Pero este *afrancesamiento* u *occidentalización ciega* no sólo lleva al ridículo, sino también al desastre, y pone como ejemplo el caso de un niño que muere porque su madre creía que la igualdad podía llegar hasta dejar al niño a cuidado del padre, pero el padre no lo supo cuidar.

Veremos ahora a Halide Edip Adivar (1884-1964), que es considerada la pionera del feminismo turco. Su padre se preocupó de educarla con los mejores maestros de lenguaje y matemáticas y se graduó en el Colegio Americano para las Mujeres en 1901, colegio que tuvo mucha influencia en la educación de las niñas de la alta clase social en Turquía en esta época. Sus artículos aparecen sobre todo en el periódico *Tanin* y fueron objeto de fuertes debates, llegando incluso el periódico a recibir amenazas de cierre si no dejaba de publicarlos. Ya en 1908 escribió en este que:

Cuando las mujeres respetables y de confianza llegan a ser honradas y superiores, quienes las han denigrado y despreciado llegan a ser despreciados y denigrados. Hay una correlación espiritual entre los modelos de la moral de las mujeres y de los varones. Los varones que denigran y desprecian a las mujeres, son ellos mismos denigrados y despreciados. Quienes honran y valoran a las mujeres son ellos mismos honrados y valorados.

En 1909 fundó la “Asociación para el Progreso del Estatus de la Mujer en la Sociedad” con la pretensión de orientar a las mujeres en la vida social, en las cuestiones domésticas pero también en cuestiones de aprender a leer, escribir y aprender idiomas extranjeros. Participó activamente en las conferencias para reclutar mujeres y bienes para ayudar en la guerra de los Balcanes, estableció hospitales y regentó en Siria una especie de orfanato para los niños producto del genocidio armenio para introducirlos en la cultura turca.

Edip Adivar, al igual que el resto de los reformadores, expresa gran parte de sus pensamientos a través de novelas. En su novela *Seviye Talip*, el protagonista, Fahir, que ha vivido en Inglaterra, cuando regresa a Turquía se sorprende de la diferencia entre las mujeres turcas y las inglesas. Las mujeres turcas tienen sólo unos rudimentos de lectura y escritura y están dedicadas todo el tiempo a las faenas domésticas, con lo cual son incapaces de mantener una discusión sobre cualquier asunto que sobrepase estas faenas, y mientras el marido intenta:

Discutir ideas personales con ella [la esposa] sus ojos escudriñan la suciedad del mobiliario.

La distancia entre los esposos radica, por supuesto, en que él ha viajado a Occidente, es moderno y occidentalizado, mientras que ella no. Las mujeres no viajaban a Occidente; de hecho, cuando en el siglo XVIII le preguntaban al embajador Mehmet Efendi por qué no había mujeres en su comitiva, él decía que estaba seguro de que en Francia las mujeres eran mucho mejores que las turcas, y añadía que en Turquía las calles eran mucho más paseables porque las mujeres se quedaban en casa, mientras que en Francia no se podía caminar por la calle porque estaba llena de mujeres.

En otra novela, *Handan*, los padres de Handan, la protagonista, han sido consultados tanto para la elección de su matrimonio como respecto a todos los preparativos de la boda. Handan estudió filosofía, piano y literatura, a la vez que lleva velo, pero cuando tiene diecisiete años sus familiares están preocupados porque todavía permanece soltera. Ante este hecho una tía de su madre comenta:

Indudablemente, Handan tiene más cerebro que muchos varones.

A la vez que lamenta:

Pero ella no encontrará marido. Permanecerá solterona ¡Qué calamidad!

Handan acaba casándose con un marido elegido por ella con el que se va a Europa, pero una vez allí el marido la abandona en Londres, mientras él se va a París. Handan acaba muriendo de tristeza.

Parece que la autora quiere mostrarnos que el matrimonio *moderno* tampoco asegura la felicidad; que la emancipación de las mujeres no supone de suyo la felicidad de las mujeres. Pero añade una cuestión nueva: no sólo hay que cambiar la vida de las mujeres, sino también la mentalidad de los varones. En su novela *Yeni Turan*, aparece un líder nacionalista exhortando a la multitud sobre esta doble necesidad de cambio de vida de las mujeres y de mentalidad de los varones:

Es absolutamente necesario cambiar las leyes sociales existentes para establecer una vida familiar estructurada y sólida [...] La única diferencia entre los países desarrollados como Hungría y los no desarrollados como el nuestro radica en un punto importante: la mujer. La mujer es la fuente de calor de nuestro corazón [...] En un matrimonio los dos cónyuges deben disfrutar de iguales bienes económicos, seguridad y amor [...] Debe de haber verdadera amistad entre ellos [...] Nosotros no tenemos esta seguridad natural y amor, porque nuestras leyes sociales otorgan a los hombres todos los privilegios y poder sin ninguna consideración hacia las inclinaciones, derechos y futuro de las mujeres. Derechos iguales, igual mentalidad y amor mutuo son imposibles entre nosotros ¿por qué? En ningún caso las mujeres tienen posibilidad de escoger marido. En segundo lugar, incluso aunque ella disfrutase de este derecho, nunca estará segura de la duración de su matrimonio. Durante siglos los hombres han asimilado el hábito de ver a las mujeres sólo como un medio de placer, como criaturas cuya existencia tiene como fin entretener a sus maridos. Este hábito ha llegado a ser tan automático entre nuestros hombres que ni siquiera son conscientes de él.

En este elemento nuevo que establece Edip Adivar viene a decir algo que no se había planteado hasta la fecha: los varones también deben cambiar. De hecho, en una de sus últimas novelas, *El juicio prometido*, publicada en homenaje a Zola, se pregunta si la revolución o reforma bastará para cambiar la situación de las mujeres. En esta obra aparecen un médico y un maestro discutiendo sobre este asunto de las mujeres, y dicen:

Si nosotros llevamos a cabo la revolución social ¿cambiará el punto de vista de los varones respecto a las mujeres? Yo no estoy seguro de ello. Los hombres que pertenecen a la clase social más baja golpean físicamente a las mujeres. Quienes pertenecen a la clase media son tiranos y las obligan a vivir en reclusión. Quienes pertenecen a la clase social alta son indiferentes a las mujeres de su familia, traicionan abiertamente a sus esposas y derrochan el resto del tiempo en juego [...]

En realidad, cada uno de estos factores es suficiente para convertir a las mujeres en inválidas. El 99% de nuestras mujeres sufre o tuberculosis o enfermedades nerviosas.

Como os decía, Edip Adivar parece estar cuestionando si la revolución en la que participa (fue jefa del gabinete de prensa de Atatürk) servirá para cambiar esta situación. Además, los “jóvenes turcos” siempre disolvían cualquier tipo de asociación de mujeres que quedase fuera de su control, mientras que Edip Adivar defendía ese tipo de asociaciones. Parece que en este caso Edip Adivar estaría en la línea de Betty Friedan cuando hablaba del “mal que no tiene nombre” de las mujeres refiriéndose a enfermedades físicas que tienen su origen en la condición social o la situación en la que viven.

Halide Edip plantea como modelo de mujer el de la *madre coraje*, alejadas tanto de las viejas costumbres otomanas como de las frivolidades de la vida *afrancesada*: es la mujer que comparte, consulta, ayuda a su marido y cría a sus hijos para que nunca traicionen a la patria. En definitiva, unas mujeres “tanto más próximas a su pueblo a medida que toman posesión del espacio público, sencillas, sobriamente vestidas, sin nada femenino, nada masculino”

Por último, hablaré de Ziya Gökalp (1876-1924) que buscó la referencia para el progreso en las sociedades preislámicas y en la contribución de las mujeres al progreso de la sociedad, a lo que añadió su conocimiento del neopositivista francés Emilio Durkheim, escritor al que tradujo al turco.

Según la autora Ayse Kadioglu, Ziya Gökalp vive en sí mismo la tensión entre lo material y lo espiritual o de cómo implantar la civilización occidental respetando la cultura turca. Él se mueve entre el islamismo, el turquismo y occidente. Sus escritos básicos fueron producidos entre 1911 y 1918 cuando estuvo unido al Partido de Unión y Progreso (el partido de los jóvenes turcos). Gökalp pretende importarlo todo de occidente, tanto la civilización como la cultura, pero de diferentes siglos: la civilización de Francia del siglo XVIII (la Ilustración francesa para las cuestiones materiales) y la cultura de Alemania del XIX (el romanticismo alemán para las cuestiones culturales). Y esto porque la nación alemana tiene gran carga étnica, y eso le sirvió a Gökalp para reivindicar la etnia turca de igual modo que los alemanes hablaban de la etnia germana. Su distinción entre civilización y cultura radica en que “civilizarse” sería copiar mecánicamente de occidente, mientras que “culturizarse” sería remitirse a los valores de la nación turca. Su obra, según Kadioglu, contiene los elementos de ilustración y de romanticismo, de civilización y de cultura.

De acuerdo con Gökalp, los primeros turcos eran democráticos y feministas. Los turcos preislámicos eran feministas porque en su religión, el chamanismo, las mujeres eran sagradas y los chamanes vestían de mujer, dejaban crecer el pelo como las mujeres, se afeitaban para parecer mujeres e imitaban las voces de las mujeres. El soberano y su esposa gobernaban conjuntamente. El matrimonio era monógamo. Las odaliscas de los soberanos no eran esposas legales. Las mujeres del soberano tenían que pertenecer a su propia tribu, mientras que las odaliscas pertenecían a una tribu diferente. Entre la gente

común, la esposa y el marido tenían responsabilidades similares. La mujer también tenía derecho de propiedad.

Para Gökalp la familia otomana es inestable y esto hace a los turcos más débiles frente a Occidente. El gobierno, dice, está basado en la nación, la nación en la familia y la familia en el matrimonio. Hay tres pilares de la sociedad: la familia, cuyo soporte es la mujer; el estado, cuyo creador es el varón; y el pueblo. La familia es la base de la civilización, de la nación y la mujer el pilar de ella. Aunque Gökalp no desdeña que las mujeres puedan desarrollar otro tipo de trabajos, considera que el de la familia es el más importante, pero también se le puede añadir la práctica de una profesión, aunque siempre es prioritaria la función familiar. Para que estas funciones familiares sean llevadas a cabo con éxito en una familia nuclear moderna, las mujeres deben ser educadas no sólo en escuelas de teología, que era lo habitual, sino en las escuelas públicas. Gökalp también critica el concubinato, la poligamia y el repudio llevado a cabo por razones triviales (cualquier varón podía repudiar a su mujer)

La tarea del cambio de vida en las mujeres es urgente para poder pensar en una nación turca. La mujer otomana ha de dejar paso a la turca. Un contemporáneo suyo, Celâl N. İleri, escribe en su obra *Nuestras Mujeres*:

Si queremos hacer progresar a los turcos debemos comenzar por los derechos de las mujeres [...] No debemos comenzar la operación quirúrgica por el ejército, por la armada, incluso no sería justo comenzar el progreso por las escuelas. Ante todo es preciso perfeccionar a nuestras mujeres, a fin de que ellas perfeccionen a sus hijos, y que estos niños convertidos en adultos mejoren el Estado y la nación. Cuando se construye una casa no se empieza por el techo, se asientan primero los cimientos. Ahora bien, la mujer es la base del edificio humano.

Kadioglu analiza la idea de ciudadanía impuesta en Turquía, siguiendo las ideas de Gökalp, y las opone a las ideas del liberal Ahmet Agouglu que elaboró el concepto de individuo en 1930 e intentó formar un partido que Atatürk disolvió rápidamente. Según Kadioglu, la ciudadanía turca es una ciudadanía de obligaciones más que de derechos: los ciudadanos turcos no tienen el derecho a intentar ser felices, sino a esperar las promesas de felicidad si se tiene la voluntad de obedecer antes que de razonar. Kadioglu argumenta que esta idea de Atatürk de fundamentar la nación en lo turco borrando todo individualismo, persigue una ciudadanía libre de individuos demandantes, en beneficio de la unidad turca. De hecho, Atatürk decía: “¡Cuán feliz es alguien que se llama a sí mismo turco!”.

Esta idea de fundar una nación sin fisuras en la que la primera identidad fuese turca fue lo que imposibilitó, según Kadioglu, la crítica y desarrollo dentro del feminismo, pues ello podía acarrear la fisura entre las mujeres y los varones turcos. Las críticas que Edip Adivar había hecho a la conducta de los varones quedaron oscurecidas por las leyes y las medidas estatales para cambiar la vida de las mujeres como la educación, las prohibiciones de vestir velo y de la poligamia, que si bien abrieron puertas a algunas mujeres, la mayoría de las mujeres que no vivían en las grandes ciudades continuaron

viviendo en el marco de las costumbres ancestrales de analfabetismo, reclusión y opresión.

Kadioglu manifiesta de una manera ácida que la metáfora más relevante de esta situación de nacionalismo turco donde se elimina todo conato de individualismo y de individualidad, de voluntad germánica frente a razón anglo-francesa, es el lugar donde se colocó en Estambul una reproducción del *Pensador* de Rodin: a las puertas del psiquiátrico.

2. Feminismo Republicano

Veremos ahora el “periodo republicano”, a partir de 1923, cuando tras una guerra de independencia que duró cinco años Atatürk se instala como presidente de la república independiente y laica de Turquía. Atatürk es un sobrenombre que significa “el padre de todos los turcos”, él se llamaba Mustafá Kemal. Se propuso hacer una Turquía moderna. Atatürk entendía que uno de los elementos de retraso era la religión, así que proclamó el laicismo, eliminando el poder de los ulemas en la educación, en la justicia y en las leyes, a pesar de que en esta época la gran mayoría de la población era musulmana. Asimismo, reformó la vestimenta, tanto de varones como de mujeres: había que ser turco de los pies a la cabeza. Empezó por la cabeza de los varones sustituyendo el fez, sombrero otomano que había sustituido al turbante en el XVIII cuando comenzaron los primeros procesos de modernización, por el sombrero de ala; el mismo Atatürk se presentó en pueblos recónditos, en los que ni siquiera se sabía que se había pasado del imperio otomano a la nación turca, con sombrero, lo que causó gran expectación. El velo no se prohibió, pero se recomendó no usarlo. También desapareció toda la ropa ancha y bombachos propios de su vestimenta habitual teniendo que sustituirla por el “modelo paquete” occidental, esto es, más ajustado. Cambió también la moneda, el alfabeto (se escribía en turco pero con letras árabes, y se cambió por el alfabeto latino), el calendario, el sistema de pesaje de las mercancías. Es de suponer que la modernización trajo increíbles complicaciones en la vida de los turcos y las turcas: no se podía ni vestir nada, ni comerciar, ni pesar, ni medir el tiempo conforme a lo anterior. Por ejemplo, el cambio de las letras árabes por las latinas impedía que la gente que supiese leer pudiera hacerlo; pero también se dificultó la cultura y la transmisión oral, porque también emprendió una cruzada para sustituir todas las palabras árabes (muchas, sobre todo en el campo de la religión) o persas (muchas, sobre todo en el campo de la jurisprudencia) por palabras de dialectos turcos. Por tanto era casi imposible la comunicación tanto oral como por escrito; de hecho, muchos discursos de Atatürk eran casi ininteligibles para la población porque no entendían las palabras y no conocían el alfabeto latino. Fue una modernización total y rápida.

En 1923 se estableció el “Partido de las mujeres del pueblo”, que sostenía que las mujeres debían de tener algunos derechos políticos y sociales a la vez que debían contribuir a la sociedad siendo buenas esposas y madres. Pero los revolucionarios “jóvenes turcos” no permitieron el partido porque, según Kandiyoti, los “jóvenes turcos” pretendían que las mujeres se emancipasen pero no que fuesen liberadas dado que la nación no podía permitir nada que la agrietase, y del mismo modo también estaba prohibido el derecho a huelga, los sindicatos o los partidos (Atatürk gobernó Turquía con

un partido único hasta su muerte, en 1938). Se crearon muchísimas escuelas, y en la apertura de una escuela para niñas el Ministro de Educación puntualizó cuales son los fines de la educación de las niñas: “prepararlas teórica y prácticamente para que manejen mejor sus asuntos en casa en los campos de la higiene y la economía, y así hacer agradables y felices matrimonios para que contribuyan al desarrollo social del país”.

Attatürk introdujo dos reformas importantes en la vida de las mujeres: la primera en 1926, al declarar que varones y mujeres eran iguales; la segunda en 1934, al conceder el voto a las mujeres.

Respecto a la primera, Attatürk adopta como modelo de su constitución el modelo suizo por dos razones: porque era la constitución más moderna de Europa, ya que había sido reformado en 1912; y porque Suiza era un país considerado neutral y amigo frente a otros que no lo habían sido durante la primera guerra mundial y la guerra de independencia. Podemos decir que toma lo más moderno y lo menos tendencioso de occidente; no ocurre lo mismo con el Código Penal, que lo toma de la Italia de Mussolini.

Es una constitución laica que proclama la igualdad absoluta de varones y mujeres en su primera parte cuando habla de los derechos de las personas, pero en la segunda parte habla del “derecho de familia” (que regula asuntos relativos a matrimonio, al divorcio y a los derechos de los padres para establecer matrimonios) y la situación de la mujer queda bastante limitada: se establece que el jefe de familia es el marido y esa jefatura consiste en que la mujer adopta el nombre del marido, vive en el lugar escogido por el marido, corresponde al marido sostener económicamente a la familia y a la esposa realizar las tareas domésticas. Asimismo, la esposa necesita la autorización del marido para trabajar fuera de la casa (esta necesidad de autorización pervivió hasta los años 80 del siglo XX)

Respecto a la concesión del voto a las mujeres en 1934, esta cuestión ya se había planteado en las primeras elecciones de 1927, pero Attatürk no lo consideró oportuno. En 1930 la presidenta de la Unión de Mujeres Turcas, la sección de mujeres dentro del partido republicano, reclamó el derecho al voto para las mujeres en las elecciones municipales. La historiadora Sirin Tekeli considera que fue una maniobra de Attatürk, que estaba siendo criticado internacionalmente por mantener la dictadura del partido único y la concesión del voto a las mujeres fue una moneda de cambio para no permitir el pluripartidismo. En 1935 votan por primera vez las mujeres y a continuación, ese mismo año, la Unión de Mujeres Turcas se disuelve debido a que “las mujeres turcas habían accedido plenamente a la igualdad de derechos con los hombres, pudiendo en lo sucesivo dedicarse a obras de caridad”, según reza en el manifiesto de disolución.

3. Feminismo turco contemporáneo

Por último, y respecto al feminismo turco contemporáneo, su origen está en los años 80 en los que Turquía vive bajo un régimen de golpe militar. Cuando Turquía se abre al pluripartidismo hay una ascensión del islamismo seguida de un golpe militar para frenar el islamismo; de hecho, la justificación de los golpes de estado es que son para frenar el islamismo, con lo que el ejército se presenta como el garante del laicismo turco (entre los años 60 y los 80, cada diez años hubo un golpe militar)

El hecho de que un feminismo autónomo haya podido forzar el blindaje del poder masculino se debe al aumento de las tasas de educación de las mujeres y de las mujeres trabajadoras fuera de la casa, al auge del feminismo internacional y, paradójicamente, al hecho de que la dictadura no permitía los partidos pero sí asociaciones de diverso tipo, algunas de las cuales se constituyeron como grupos de mujeres y fueron receptoras de la literatura feminista internacional y empezaron a analizar la situación de las mujeres fuera de los marcos del nacionalismo, el liberalismo y el marxismo. Se empezó a constituir un feminismo autónomo, especialmente a través de lo que llamamos grupos de autoconciencia: pequeños grupos de mujeres que se reúnen de una manera semiformal para analizar su situación. Estos grupos encontraron más protección y eco en ONGs internacionales que en el interior, y gozaron del recelo de la izquierda en parte porque era un momento en que los partidos políticos de izquierdas estaban prohibidos y sólo eran autorizadas organizaciones de índole civil; el que las mujeres aprovecharan este hueco asociativo para constituirse en grupos autónomos fue visto por los *políticos serios* como un oportunismo acomodaticio burgués y traidor a los ideales de la república.

En 1983 las mujeres consiguen el derecho al aborto, incluso en hospitales públicos, pero con el consentimiento del marido, y se declara inconstitucional la necesidad de pedir permiso al marido para que la mujer trabaje y se empiezan a abrir casas de acogida para mujeres maltratadas.

En 1986 se organizó una recogida de firmas para pedir la aplicación de una ley aprobada en el parlamento, pero que no se aplicaba, para la eliminación de toda discriminación hacia las mujeres. En 1987 hubo la primera manifestación contra la violencia doméstica.

Más tarde, en 1989 tienen lugar nuevas manifestaciones en Estambul en contra del acoso laboral y contra la violación, consiguiendo la derogación de un artículo que rebajaba la pena de violación en 2/3 si la violada era una prostituta.

La tarea de este feminismo, según la psicóloga Pinar Ilkkarakan, es conseguir un espacio de autonomía y libertad de las mujeres en todos los ámbitos, incluido el sexual que todavía no figura en las agendas feministas.

Al lado de este feminismo tenemos el feminismo musulmán, que está en ascenso y que se nutre, según Göle y Pinar Ilkkarakan, del espacio que deja el kemalismo (las mujeres ligadas a Atatürk) que serían todas aquellas mujeres pobres y analfabetas que por guerras y miseria tuvieron que emigrar a las grandes ciudades y que están viviendo en suburbios de miseria sin ninguna posibilidad de trabajo más allá que la del servicio doméstico y que como emigrantes han perdido las relaciones sociales que les proporcionaban apoyo y compañía en sus pueblos de origen. Las islamistas, sobre todo las ligadas al partido *Refah* o partido del bienestar, ilegalizado en 1925, proporcionan a estas mujeres habitantes de suburbios una asistencia muy directa incluso visitándolas en sus casas y siguiendo sus vicisitudes, hablando de sus problemas, etc.; e intentan restablecer las relaciones tradicionales de género sin utilizar las prohibiciones más arduas del Islam.

Otra baza propagandística de este feminismo musulmán es el reclutamiento de estrellas porno o modelos como militantes que argumentan que después de haber llevado

una vida tan liberal, encontraron el camino de su vida en el Islam. Este recurso propagandístico también se utiliza en Egipto.

Las mujeres musulmanas rechazan, por una parte, el laicismo impuesto por la República y, por la otra, el discurso tradicional más fuerte de la sumisión de las mujeres. No consideran que deban renunciar a su religión para reclamar su igualdad, pues encuentran abundantes elementos de igualdad en el Islam original, que es algo así como una tercera vía entre someterse a occidente o someterse al Islam. Para ellas, el Islam originario les otorga todo aquello que entienden como no sometimiento a los varones: educación, trabajo, compartir tareas domésticas y políticas. En muchos casos son mujeres universitarias de clase media urbana, ligadas al partido del bienestar, para quienes el Islam moderno libra a las mujeres de la sumisión tradicional de las sociedades islámicas a la vez que les evita llegar a ser un objeto sexual como en occidente. El emblema más notorio es la reivindicación de poder utilizar el velo en lugares públicos y en la universidad. De hecho, cuando se celebró la primera manifestación para reclamar la utilización del velo, las mujeres republicanas (que cierran filas contra el islamismo) fueron a llevar una corona de flores a la tumba de Atatürk.

Nilüfer Göle ha calificado a las mujeres musulmanas como mujeres “veladas y modernas”. Para ellas, el velo no es símbolo de sometimiento a los varones o algo impuesto por los varones sino que es una elección derivada de una opción religiosa. Algunas de ellas dicen que han decidido cubrirse porque el Corán dice que las mujeres deben llevar pañuelo. Si Dios lo dice y como ellas creen en Dios, piensan que deben hacerlo. Es una lógica muy simple. La sumisión en todo caso es ante Dios, no ante los varones, según esta interpretación.

El concepto de igualdad es el de igualdad complementaria, porque se trata de revalorizar a las mujeres y sustraerlas al dominio masculino. El movimiento de las mujeres musulmanas intenta conciliar religión con modernidad y construir la mujer emancipada sobre un fondo religioso. El velo sería el símbolo de su identidad, es su puesta en escena en la vida pública. Marie-Gabrielle Cajoly sostiene que estas mujeres encontraron en el partido el refugio que no encontraron en las formaciones políticas laicas de Turquía. Quienes ven este movimiento con pesimismo lo equiparan a las mujeres iraníes, y los más optimistas ven un movimiento que al final llegará a emanciparse de los varones y será efectivamente feminista.

El feminismo autónomo turco se debate hoy en día entre el Islam y la herencia kemalista que, como desde finales del XIX, instrumentaliza la situación de las mujeres en defensa de las reformas que pretende llevar a cabo. Que este feminismo llegue a tener fuerza va a depender, según Pinar Ilkkarakan, de que se inscriba en el marco de los discursos nacionales e internacionales y que se incluya en él a las mujeres que no han tenido acceso a la política oficial ni a los canales de información. Pero también existe el riesgo de que el Islam fagocite las aspiraciones de las mujeres no por la vía de la imposición sino por la de la persuasión, sobre todo en estas amplias capas de mujeres con extremas necesidades económicas y culturales (parece ser que sobre todo en zonas rurales de Anatolia el analfabetismo de las chicas alcanza al 50%). La ventaja de la situación radica, según la autora, en que estamos ante una situación que exige reevaluación de posturas y toma de medidas. Por su parte, Mojab ve con preocupación la

división entre las feministas turcas a la vez que el rey Fad de Arabia, los ayatolás de Irán y el Papa cada día están más unidos. Otra historiadora, Tekeli, constata un auge de las organizaciones de mujeres en Turquía que luchan para erradicar la violencia contra las mujeres, así como una intensa participación de mujeres en organizaciones de diverso tipo (ecologistas, defensa de los consumidores, defensa de la rehabilitación de edificios históricos, etc.), y esto le lleva a vaticinar que el futuro de la democracia en Turquía depende en gran parte de las mujeres.

En definitiva, y como última reflexión, yo querría hacer notar que entre el siglo XIX y hoy en día hay una situación paralela de debatirse entre Islam-laicismo, oriente-occidente, y la situación de las mujeres es una especie de laboratorio o microcosmos dentro de toda esa discusión en torno al imperio otomano primero y más tarde en torno a Turquía.

Por mi parte no tengo nada más que decir por el momento, salvo daros las gracias por haber venido y haber escuchado con tanta paciencia este discurso.

Debate con el público asistente

Público: Cuando les comadres visitamos la tumba de Atatürk, el Valle de los Caídos turco, vimos que es un lugar de peregrinación en el que había muchas mujeres vestidas con pañuelo y falda larga, aunque fueran calzadas con zapatos de tacón, etc. Es decir, efectivamente parece que las kemalistas son las más occidentales, pero ahora al oírte me sorprende recordar que la mayoría de las mujeres que visitaban la tumba iban vestidas a la usanza musulmana, aunque fueran modernas.

Amalia: En la indumentaria hay mucha variedad; hace poco pudimos ver imágenes de una manifestación en Estambul contra la violencia hacia las mujeres en las que se veía todo tipo de vestimenta, incluidas mujeres con camiseta de tirantes. Y lo que cuentan las historiadoras es que las kemalistas siempre están cerrando filas en contra de cualquier atisbo de islamización.

Público: Las mujeres de las que nos has hablado y enseñado fotografías, que son profesoras de universidad, parecen feministas pero ¿serían kemalistas o más bien autónomas?

Amalia: Desde luego, por sus escritos parecen feministas o al menos historiadoras del feminismo, y serían más bien autónomas. Pınar Ilkkarakan es la que más apuesta por el feminismo autónomo.

Público: A la vista de esta exposición y teniendo en cuenta toda esa carga histórica que han tenido de entrar en Europa y ver otras culturas, adaptando y cogiendo lo que les convenía para dejar de ser una sociedad tan cerrada como lo era por su origen tribal, ¿cómo se ve esta situación de la mujer con respecto a Europa, ahora que llaman insistentemente a las puertas de la Unión Europea?

Amalia: Por supuesto, quienes están más por la modernidad ven bien la entrada en Europa, pero al igual que ocurre en todas las sociedades (y en Turquía se da con mayor énfasis), entre la letra del laicismo, la igualdad, etc., y la práctica hay un abismo insalvable. Es decir, Turquía tenía una gran población rural a la que las reformas de Atatürk le complicó mucho la vida. Parece ser que el islamismo está teniendo mucha fuerza entre estas mujeres emigrantes del campo a la ciudad, donde sus condiciones

empeoran ya que al menos en el campo iban al lavadero, que sería el equivalente al baño de las mujeres ricas de la ciudad; pero al vivir en la ciudad en situaciones de miseria, al baño no pueden ir y tampoco tienen lavadero, así que su situación ha empeorado mucho. De hecho, hay un médico psiquiatra que hizo un estudio del gran índice de suicidios que hay entre las chicas jóvenes de esta población emigrada; él aventura que hay una correlación con los matrimonios pactados y que también hay muchos crímenes o suicidios de honor (está prohibido el crimen de honor pero tanto culpabilizan a la chica por una cuestión que afecta al honor de la familia que la obligan a suicidarse)

Público: Veo muy complicado que se integren en Europa porque son demasiados lastres los que tienen.

Amalia: Posiblemente la razón de que no se integren vaya a ser que son 70 millones de personas que entrarán en Europa a pedir trabajo.

Público: De hecho, sabíamos que hablabas de Turquía pero muchas de las cosas que nos has contado podrían aplicarse aquí.

Amalia: A mí los discursos me suenan un poco a la Falange, a la Sección Femenina. De hecho en el escudo de Atatürk hay cinco flechas.

Público: El nacionalismo de Atatürk es un nacionalismo tipo fascistoide; hay muchos parecidos.

Amalia: Sí, menos el laicismo. La novedad de Atatürk es que fundamenta una república laica sobre un país en el que el 99% de la población es musulmana, pero no es una república democrática.

Público: Es una situación complicada. Supongo que las mujeres musulmanas están contra esa idea dictatorial, y en ese sentido son progresistas; y por otra parte, para ellas el llevar pañuelo es un elemento de progresismo contra la dictadura y contra los golpes de estado militares.

Amalia: Hay cosas muy curiosas, porque cuando el actual presidente de Turquía era alcalde de Estambul en 1995, se le ocurrió citar una frase de Gokalp que dice algo así como “nuestras mezquitas son nuestros cuarteles, nuestras bóvedas son nuestros cascos, y nuestros clientes son nuestros soldados”; por decir eso le retiraron de la política y le metieron cuatro meses en la cárcel. Luego fundó el partido del Bienestar (un partido bastante pro-islamista) que fue ilegalizado, y ahora ha llegado a ser presidente de la República porque refundió otros dos partidos que podrían ser equivalentes a la Democracia Cristiana de occidente pero en el ámbito musulmán, y ahí le tenemos nadando entre el islamismo, el kemalismo... Algunos explican también el ascenso del islamismo como un voto de castigo a toda la corrupción kemalista, al amiguismo y el despotismo; sería una “reacción frente a”.

Público: Desde un punto de vista político, Turquía ha tenido un gran papel estratégico en estos últimos 30 años, porque crea un tapón frente a los soviéticos y frente al panarabismo, y pertenece a la OTAN desde sus inicios.

Público: Parece por tu exposición que las feministas laicas son mujeres ligadas al ámbito universitario, un tanto elitistas y no muy vinculadas a movimientos amplios de mujeres. Sería muy interesante que proliferaran estos grupos de mujeres laicos, no ligados a la religión.

Amalia: Posiblemente, pero también es muy difícil conectar con los movimientos amplios de mujeres porque gran parte de las mujeres están teniendo que ser ayudadas a vivir por las asociaciones de mujeres musulmanas y de partidos políticos, e imagino que un feminismo autónomo no tendrá financiación suficiente para poder ofrecer la asistencia social a cambio del convencimiento. Por otra parte, ya hay una biblioteca de libros de mujeres que dirige una profesora universitaria; gran parte de las mujeres del feminismo autónomo están ligadas al ámbito universitario o son licenciadas, pero aquí también leemos a las universitarias...

Público: Año tras año hay manifestaciones en Turquía en torno al 8 de marzo, y eso no suele convocarse desde la Universidad... O sea, hay movimientos de mujeres pero otra cosa es lo que puedan hacer.

Público: Un buen ejemplo de que hay mujeres no universitarias e incluso del ámbito rural con inquietudes feministas es la película *Oyun*, que sólo se pudo ver en el Festival de Cine, sobre un grupo de teatro de mujeres en un pueblo turco. Por supuesto, nos enteramos de esto porque Pelin Esmer decidió ir a rodar esa película, pero habitualmente ese tipo de actividades nos pasan desapercibidas porque no pueden tener, ni mucho menos, la repercusión que tienen los trabajos de las universitarias y las escritoras.

Amalia: La región más depauperada de Turquía es la de Anatolia, cuyas mujeres representan el ideal de mujer que proponía Atatürk en tiempos de la república. De hecho, como a los jóvenes turcos que iban a estudiar a Francia sólo les permitían estudiar técnicas agrícolas, iban después a hacer experimentos a Anatolia, donde conocieron a sus mujeres y las idealizaron.